



MANIFIESTO ARTEOGRAMA

DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS A PARTIR UNA ESTRUCTURA PARA
“SENTIR, JUZGAR Y TRANSFORMAR”

Rene Gavruña .

Email: manifiestoarteograma@gmail.com

México, enero 2022

Copyright

INDICE

DEDICATORIAS	3
RESUMEN	6
OBJETIVO GENERAL	7
OBJETIVOS ESPECÍFICOS	7
INTRODUCCIÓN	8
GÉNESIS DEL ARTE	9
TERMINOS ACOTADOS	10
DECLARACIONES Y PRINCIPIOS DEL MANIFIESTO	12
SER SUPREMO - EXISTENCIA Y DIMENSIONES DEL ARTE	12
SER HUMANO Y SOCIEDAD	13
EL ARTISTA	15
LA CREACIÓN ARTÍSTICA	16
LAS MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS Y LA OBRAS	22
LA APRECIACIÓN ARTÍSTICA	25
LA VALORACIÓN Y LEGITIMACIÓN	29
EXPERIENCIA ARTÍSTICA	31
SIGNIFICACIÓN Y TRASCENDENCIA	34
PRINCIPIO DE ORO	36
EPÍLOGO	37
RECONOCIMIENTO Y COLABORACIONES	39
BIBLIOGRAFÍA	40

DEDICATORIAS

Este Manifiesto está dedicado:

A quienes crean sin permiso.

A los que no entraron por la puerta principal del arte, sino por alguna rendija, una grieta, un suspiro.
A quienes no tuvieron diplomas, pero sí preguntas, cicatrices y una voz temblorosa que dijo: “yo también puedo crear”.

A quienes no se rindieron.

A quienes tocaron muchas puertas y pocas se abrieron, a quienes les dijeron “eso no es arte” y aun así, algo les ardía en el pecho con forma de color, de nota, de palabra.
A quienes sobrevivieron al silencio o al desprecio, y siguieron creando como quien respira.

A quienes sienten sin saber.

A quienes alguna vez dijeron “yo no sé de arte” pero una obra les quebró el pecho sin pedir permiso.
A quienes temieron emocionarse, y hoy se permiten temblar frente a una canción, una pincelada o una escena.
El arte no siempre se entiende; a veces se reconoce por lo que sacude.

A quienes criticaron sin comprender.

A quienes lanzaron juicios ligeros sin saber cuánta verdad, cuánto esfuerzo, cuánta alma había detrás de cada intento.
Ojalá este manifiesto sirva para reorientar sus velas, afinar su brújula, y abrir su juicio con más humildad que soberbia.

A quienes aún creen que el arte no es para ellos.

El arte no es un lujo. Es un espejo, un puño, un abrazo, un relámpago que recuerda que estamos vivos.
No necesitas una cátedra para sentirlo, ni una beca para defenderlo, aunque también hay arte que se gesta en las aulas y merece ser vivido con el corazón despierto.

A quienes descalifican desde la comodidad.

Este manifiesto no busca complacer comités ni rendir examen frente al dogma del gusto, no se escribe contra la academia, sino contra los muros que a veces levanta, no pretende legitimar lo ilegítimo, sino visibilizar lo que a

menudo ha sido excluido.

El arte no cabe solo en los marcos del pasado ni en los salones consagrados; también habita en lo cotidiano, lo marginal, lo intuitivo.

A quienes alguna vez fueron conmovidos sin saber por qué.

Este texto es para ti, si alguna vez una canción te salvó, una película te cambió la mirada, o una pintura te dijo algo que nadie más te dijo. Si alguna vez una obra te tocó sin explicación, estás más cerca del arte que crees.

A quienes caminan por dos rutas distintas y legítimas.

Algunos llegan al arte por la vía del aula, otros por la vía del asombro, del instinto o de la urgencia. Unos tienen tesis, otros tienen cicatrices. Unos tienen becas, otros tienen oficios, fogatas, dudas y una libreta rayoneada.

Ambas rutas son válidas, ambas son legítimas.

La academia ofrece fundamentos, metodología, redes.

El autodidactismo ofrece intuición, hambre, libertad.

Ambos caminos aportan al arte lo que el otro no alcanza a mirar por completo.

Pero no todo está parejo:

quienes caminan sin diplomas cargan muchas veces con el peso del silencio, con vitrinas cerradas, convocatorias excluyentes, salones donde el currículum vale más que la obra. y que creen? eso duele.

Duele más cuando una propuesta honesta se queda fuera, no por su falta de valor, sino por no tener sellos ni apellidos correctos.

Manifiesto Arteograma no pide que bajen la vara, sino que abran la puerta un poco más.

Porque hay obras que, aunque no nacieron en un posgrado, respiran verdad, provocan sentido, y pueden iluminar espacios dormidos

A quienes, habiendo transitado los caminos formales de la academia,
supieron mantenerse humildes, sensibles y fieles al espíritu del arte.
A quienes no confundieron el diploma con la esencia,
ni la técnica con la verdad.
A quienes entendieron que el conocimiento no es un pedestal,
sino una herramienta para iluminar, compartir y despertar conciencias.
A quienes hicieron de la formación académica no una torre de marfil,
sino un puente hacia los otros.
Su sabiduría, su apertura y su autenticidad también sostienen
el alma del arte.

Bienvenido al centro del laberinto.
aquí no traemos respuestas,
pero sí preguntas peligrosamente necesarias.
Porque la incomodidad, cuando es honesta,
también es un camino hacia el arte.

Porque el arte no necesita pasaporte,
sólo corazones despiertos,
y si tú estás leyendo esto...
ya estás del lado de los que sienten.

Resumen

El *Manifiesto Arteograma* es una declaración ética y crítica sobre el arte contemporáneo, que propone una relectura del fenómeno artístico desde una perspectiva formativa, sensible y socialmente comprometida. A través de 120 principios organizados en bloques temáticos, este documento analiza el arte desde su origen simbólico y universal hasta su manifestación social, creación, apreciación, valoración y trascendencia. El manifiesto no se limita a definir el arte, sino que lo aborda como una experiencia estética, ética y transformadora, capaz de impactar tanto al creador como al espectador.

El texto distingue entre arte universal y arte social, reconociendo que el primero antecede a la voluntad humana y se manifiesta como un orden sensorial e intangible en la vida misma, mientras que el segundo emerge del ejercicio simbólico y técnico del ser humano en sociedad. Se propone una triple vía de apreciación artística —juicio técnico, estético y conceptual— como herramientas para desarrollar una mirada crítica ante las manifestaciones culturales y su circulación en el sistema del arte.

Desde una postura movilizadora, el manifiesto interpela a artistas, educadores, curadores, gestores, instituciones y espectadores a asumir una corresponsabilidad ética en el acto creativo, la difusión y la legitimación de las obras. Lejos de ser un tratado cerrado, este documento se presenta como una brújula abierta al diálogo, la revisión y la transformación colectiva, en defensa de un arte con sentido, conciencia y profundidad.

Palabras clave: Arte, ética, juicio artístico, estética, experiencia artística, creación simbólica.

Abstract

The *Arteograma Manifesto* is a declaration of ethical, aesthetic, and conceptual principles that explores the role of art as a transformative human experience. Through 120 statements, it examines the origin, function, impact, and potential of art from both individual and collective perspectives. This document proposes a triadic approach to artistic judgment—technical, aesthetic, and conceptual—and offers a critical framework to reflect on the responsibilities of artists, spectators, and cultural mediators in today's society. Far from imposing dogmas, the manifesto invites dialogue, reflection, and the construction of new paradigms for understanding, creating, and legitimizing art. It recognizes art as a symbolic, emotional, and intellectual territory, capable of provoking change and connecting with the deepest layers of human consciousness. It is addressed to those who believe in the power of art not only to entertain, but to question, elevate, and transform.

Keywords: Art, ethics, artistic judgment, aesthetics, artistic experience, symbolic creation.

OBJETIVO GENERAL

- Ofrecer una guía ética, accesible y transformadora que ayude a creadores, espectadores y mediadores culturales -especialmente a quienes no han tenido un acercamiento teórico al arte, a experimentar, comprender y valorar las manifestaciones artísticas desde una perspectiva más profunda, crítica y consciente, despertando en ellos la curiosidad por seguir explorando, investigando y construyendo una relación más significativa con el arte, no solo como experiencia estética, sino como herramienta de crecimiento personal, reflexión social y compromiso con una práctica artística más humana y coherente.
-

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Establecer una estructura conceptual profunda pero incluyente, que permita comprender el arte desde sus dimensiones espiritual, técnica, estética y simbólica, más allá de discursos elitistas.
- Promover una práctica artística ética, honesta y socialmente comprometida, donde la obra dialogue con el espacio público y ofrezca aportes simbólicos y reales a la sociedad.
- Fomentar una apreciación crítica y gozosa del arte, distinguiendo entre el gusto sensual e intelectual, y nutriendo la “biblioteca interna” de cada persona con experiencias estéticas significativas.
- Reconocer el derecho de todo ser humano a crear, interpretar y valorar el arte, subrayando la importancia de una formación sensible y consciente.
- Tender puentes entre artistas, espectadores y mediadores culturales, generando un campo común de diálogo estético, ético y emocional más allá del mercado.
- Despertar el deseo de autoconocimiento y transformación interior a través del arte como experiencia personal y colectiva.
- Servir como guía personal para el artista y documento divulgativo para la sociedad, con el fin de señalar responsabilidades, prácticas conscientes y el poder simbólico del arte en el entramado cultural.
- Invitar al lector a asumir el manifiesto como una herramienta viva, sujeta a reflexión, reinterpretación y apropiación crítica.

INTRODUCCIÓN

El Manifiesto Arteograma ha sido escrito por alguien cuya formación en el arte ha sido empírica, sin títulos académicos ni credenciales jerárquicas, pero con una pasión profunda y un compromiso ético con la dimensión transformadora del arte. Lejos de pretender imponer verdades absolutas, este manifiesto nace con la intención de compartir una mirada personal y crítica sobre el fenómeno artístico, con la esperanza de provocar pensamiento, despertar conciencia y sembrar afinidad en quienes lo lean.

Cada principio aquí expuesto surge de un proceso de investigación y observación constante: lecturas, documentales, conferencias, conversaciones, experiencias de vida y razonamientos propios. En lugar de construir un marco teórico basado en nombres ajenos, se ha optado por formular una propuesta desde la experiencia directa, con la convicción de que toda persona pensante, sensible y ética puede —y debe— tomar parte en la construcción de significados en el arte.

Este manifiesto está dirigido a artistas, creadores, docentes, espectadores, gestores culturales, estudiantes y a todo aquel que desee acercarse a una visión alternativa sobre el arte: más humana, más consciente, más espiritual, más constructiva.

Su enfoque es incluyente y aplicable a cualquier manifestación artística: pintura, escultura, literatura, música, danza, cine, teatro, fotografía, performance, arte digital, multimedia, arte urbano y todas las formas que el arte adopta en el mundo contemporáneo.

El arte no necesita permisos para existir. Pero el pensamiento crítico, el juicio ético y la conciencia estética son semillas que podemos —y debemos— cultivar para que el arte cumpla su función más elevada: tocar al ser humano en su totalidad.

“Este manifiesto no pretende repetir lo que otros ya han dicho, sino abrir nuevas rutas de interpretación, como lo es la inclusión del juicio técnico como tercer eje de análisis en la apreciación artística, al lado del juicio estético y conceptual.”

Sé que hablar del arte es entrar en un océano inconmensurable. Este texto no pretende abarcarlo todo, ni sentar cátedra. Lo que aquí se expone son apenas pinceladas, esbozos, provocaciones. El arte tiene siglos de historia, bibliografía especializada, corrientes filosóficas y múltiples disciplinas que lo abordan con profundidad.

Este manifiesto nace desde otro lugar: no para competir con esos tratados, sino para tender un puente. Si sirve como primer contacto para alguien que nunca se ha sentido convocado por el arte, si despierta una pregunta o una curiosidad, entonces su razón de ser ya está cumplida. Es un bocadillo para el hambre sensible. Una chispa, no una antorcha. Y ojalá encienda otras.

Y si en el mejor de los casos logra sacudir a algún estudioso, docente o artista que —con buena fe— se había quedado atrapado en sus propias certezas, y le quita el velo de la rigidez para volver a mirar con frescura, entonces habrá cumplido un propósito aún más profundo: recordarnos que el arte también se expande cuando se duda.

GÉNESIS DEL ARTE

[EL ARTE ANTES DEL ARTE]

Es muy probable que el arte haya existido desde la propia aparición del ser humano, no necesariamente como concepto, sino como parte de un sistema de equipamiento sensorial, complejo e inteligente, inherente a nuestra condición. Este sistema, conformado por componentes esenciales para descubrir, experimentar y vivir el arte, ha sido fundamental en nuestra evolución.

Desde el nacimiento, comienza la aventura humana de experimentar el extenso abanico de matices de lo agradable y lo desagradable, de lo bello y lo feo, de lo dulce y lo amargo. Aunque estos términos suelen vincularse al sentido del gusto, aquí se comprenden como una acción intelectual: una capacidad de discernimiento que sitúa al ser humano ante la aceptación o el rechazo de los estímulos. Esta respuesta, mediada por un sistema neurobiológico complejo, origina un proceso continuo de aprendizaje y autoconocimiento. Tal entramado puede entenderse como el germen del arte universal.

Desde esta perspectiva, el arte universal está compuesto por todos aquellos aspectos sensoriales que desencadenan respuestas neurobiológicas y psicobiológicas a partir de nuestra interacción con el entorno. A medida que el ser humano reconoció las posibilidades de este sistema, comenzó a explorar los sentidos y a manifestar sus emociones. Surgieron entonces las primeras expresiones artísticas: formas simbólicas nacidas de la necesidad de comunicación y expresión.

Podemos entonces distinguir dos dimensiones en el arte: el arte universal y el arte social. El primero no requiere de mediación humana para existir; es inherente a la vida misma. El segundo es fruto de la intervención creativa del ser humano, quien reinterpreta lo conocido e inspirado por la naturaleza y la experiencia, transmite emociones, ideas y discursos mediante algún soporte o medio.

El arte no puede definirse sin traicionarlo, es tan vasto, tan invisible y esencial como aquello que algunos llaman Dios: lo intuimos en el asombro, lo reconocemos en lo inexplicable, lo experimentamos sin necesitar comprenderlo del todo.

Desde esta perspectiva, me atrevo a definir el arte como: una sustancia espiritual que, en una alquimia con el proceso mental, genera —a través de la conciencia— sistemas complejos de lenguajes sensibles, técnicos, simbólicos y conceptuales, que se manifiestan por medio del equipamiento perceptivo con el que ha sido dotado el ser humano.

El arte no es una cosa, ni una técnica, ni un estilo, es el medio, el vehículo, la vibración invisible que ocurre cuando lo que se expresa y lo que se percibe se encuentran en un mismo umbral: ese algo que se siente sin saberse, se comprende sin decirse, y se transforma sin entenderse del todo.

En este marco, el gusto aparece como columna vertebral de nuestra relación con el arte. Vinculado con el sistema neurobiológico, el gusto activa sustancias químicas que provocan respuestas afectivas e intelectuales. Es a través del gusto que el arte social cobra sentido, pues se convierte en una extensión emocional de lo vivido.

Contrario a ciertas posturas teóricas, considero que el arte sí es útil. Aunque no siempre responde a la lógica utilitaria tradicional, su capacidad de satisfacer necesidades espirituales, cognitivas y emocionales lo legitima como herramienta de profundo impacto humano.

En el proceso de discernimiento artístico, el gusto opera en dos planos: el gusto sensual e innato, vinculado a los sentidos, y el gusto intelectual, que se desarrolla mediante la experiencia, la educación y el pensamiento crítico. Ambos pueden perfeccionarse y transformarse según el contexto sociocultural, nutriendo o contaminando nuestra biblioteca interna".

"Antes de que una idea sea plasmada o enviada a cualquier medio o soporte, el cerebro ya ha emitido juicios gustativos. Esto demuestra que el arte sucede primero en el pensamiento para después materializarse. A medida que el ser humano se inserta en el tejido social, tanto el gusto sensual como el gusto intelectual se transforman, moldeados por una compleja red de influencias: desde convenciones culturales, intereses ideológicos, entorno familiar, formación escolar, experiencias afectivas, estructuras de poder, acceso al arte y

de forma creciente, las dinámicas digitales y de redes sociales que condicionan lo que se consume, se valida o se rechaza.”

Así, el gusto no solo define nuestras elecciones estéticas y conceptuales, sino también moldea nuestra manera de percibir, crear y significar el arte. Es una brújula sensorial e intelectual que nos conecta con experiencias que pueden ser estéticas, conceptuales o ambas, y que abren la posibilidad de una transformación interior.

Desde esta perspectiva, podría afirmarse que a cada tipo de gusto le corresponde un juicio: el gusto sensual se traduce en juicios estéticos, centrados en la forma; el gusto intelectual, en juicios conceptuales, centrados en el fondo.

Mientras el **juicio estético** responde a la experiencia inmediata, sensorial y emocional que provoca la obra respaldada por el bagaje que cada espectador ha adquirido, ya sea de forma innata o a través de formación personal o profesional, el **juicio conceptual** emerge del análisis, la interpretación simbólica o discursiva y la reflexión crítica. Esta dualidad permite una comprensión más amplia del fenómeno artístico y refuerza la idea de que toda experiencia estética puede, aunque no necesariamente debe estar acompañada de una decodificación conceptual.

Hay obras que cautivan por su belleza formal y sus cualidades intrínsecas, sin necesidad de transmitir un discurso explícito; otras, en cambio, conmueven por la fuerza de su planteamiento conceptual, incluso si su forma resulta austera, ambigua o provocadora. Comprender esta diferencia y a la vez reconocer su posible complementariedad enriquece tanto el acto de crear como el de apreciar arte.

TÉRMINOS ACOTADOS

Apreciación artística: El proceso activo mediante el cual el espectador percibe, interpreta y valora una manifestación artística, integrando su sensibilidad, su conocimiento y su conciencia crítica.

Arte: El fenómeno amplio que engloba las experiencias humanas simbólicas capaces de conmover, cuestionar, elevar o transformar la conciencia individual y colectiva.

Arte Social: Es la dimensión del arte que surge de la intervención creativa del ser humano cuando recrea, se apropia y reinterpreta lo existente, inspirado en la naturaleza, en sus vivencias y en el entorno social. Tiene una intencionalidad comunicativa y se expresa a través de un soporte o medio específico para transmitir emociones, conceptos, ideas o discursos. Es el arte que acontece como un constructo social en la esfera humana, cultural, histórica y contextual.

Arte Universal: Es la dimensión primigenia del arte, anterior a cualquier intención humana de representación. Se manifiesta en los procesos sensoriales, neurobiológicos y afectivos que acompañan nuestra existencia y percepción del entorno. No requiere mediación humana para existir, ya que forma parte de nuestra condición espiritual y perceptiva. El arte universal está presente en la forma en que sentimos, imaginamos y nos vinculamos con la vida, incluso antes de nombrarla.

Gusto: En este manifiesto, el gusto se concibe como una categoría estética que involucra tanto lo sensorial como lo cognitivo. No se reduce al sentido fisiológico del gusto —ni al de la boca, ni al oído, ni al tacto—, sino que representa una facultad intelectual que orienta nuestras decisiones estéticas, sensoriales y conceptuales. Es una brújula interna que se forma, transforma y moldea con cada experiencia, alimentando (o contaminando) lo que aquí llamamos nuestra biblioteca interna.

Juicio Estético: Es la valoración que realizamos sobre una obra atendiendo a sus cualidades sensoriales y formales: color, forma, sonido, movimiento, ritmo, textura, composición, ejecución, entre otros elementos. Este juicio puede surgir como una respuesta inmediata del gusto sensual, activada por los sentidos —sin necesidad de comprensión racional—, pero también puede profundizarse cuando el espectador ha desarrollado una

sensibilidad cultivada, basada en el conocimiento estético de una disciplina. Con el tiempo, el juicio estético se vuelve más reflexivo y comparativo, capaz de analizar decisiones formales, evaluar recursos expresivos y ponderar intenciones desde un pensamiento más afinado. Por eso, el juicio estético no solo es sentir, también puede ser pensar lo que se siente.

Juicio Técnico: Evalúa la destreza, oficio y dominio del lenguaje artístico en cada disciplina. Analiza el uso de materiales, herramientas, cuerpo o tecnología para dar forma a la obra. Aunque no garantiza emoción o mensaje, estructura el soporte de lo que se percibe o comunica. Su comprensión puede variar según el conocimiento del espectador, pero es parte esencial del análisis artístico completo.

Juicio Conceptual: Valora el contenido simbólico, narrativo o discursivo de la obra: lo que dice, evoca o cuestiona. Se vincula al gusto intelectual, al pensamiento, a la interpretación y a la reflexión crítica. Implica leer intenciones, identificar símbolos y considerar el contexto. Este juicio permite descubrir la profundidad de una obra, incluso si su forma es austera o provocadora.

*Estos tres juicios —estético, técnico y conceptual— no compiten, se complementan. Juntos conforman una forma más consciente, crítica y profunda de experimentar el arte.

Manifestación Artística: Todo acto creativo que utiliza lenguajes artísticos, aunque no necesariamente alcance el estatuto de arte.

Mercado del Arte: Aunque este concepto será mencionado solo en ciertos momentos del manifiesto para contextualizar, no será analizado como eje central, ya que el enfoque del documento se centra en la dimensión humanista, ética y transformadora del arte, no en su valor mercantil.

Moralidad: No se abordará directamente, dado que su definición y aplicación varían de acuerdo con la cultura, la comunidad o el contexto geográfico. En su lugar, se tomará como referencia a la ética, entendida como principio regulador universal más allá de normas sociales localizadas.

Obra Artística / Creación Artística: Todo resultado de una manifestación dentro del campo del arte (pintura, música, literatura, teatro, danza, cine, etc.), creada con la intención de aspirar a ser arte y de insertarse en el medio artístico o cultural.

Obra de Arte: Creación artística que contiene altos valores simbólicos, estéticos, conceptuales o emocionales, capaces de generar resonancia, reflexión o transformación en la conciencia individual o colectiva.

Expresión Artística: Acto creativo que refleja impulsos humanos legítimos, aunque no necesariamente sostenido en una construcción simbólica, estética o conceptual profunda.

Experiencia Artística: Encuentro activo y sensible entre el ser humano y la obra artística, donde se movilizan percepción, emoción, reflexión y resonancia interior.



DECLARACIONES Y PRINCIPIOS DEL MANIFIESTO

Con honestidad, me permito extenderles una invitación a reconfigurar y analizar nuestros pensamientos sobre las funciones, usos e importancia del arte, tanto en nuestra sociedad como en nuestras vidas. Asimismo, invito a quienes participan en el quehacer artístico a asumir con responsabilidad y ética su labor, procurando que sus propuestas enriquezcan el espíritu colectivo, fomenten el gozo estético y eleven la intelectualidad del espectador y de la comunidad.

Por estas razones, me atrevo a enunciar las siguientes declaraciones:

SER SUPREMO - EXISTENCIA Y DIMENSIONES DEL ARTE

1. Existe una fuerza suprema, energía inteligente o principio creador que dio origen al universo, al planeta y al propio ser humano. Estas manifestaciones son, en sí mismas, las obras más grandiosas, inexplicables y trascendentes que el ser humano haya presenciado. Aun sin una demostración empírica definitiva, su presencia se percibe en la estructura, el funcionamiento, la complejidad, la belleza y el orden del universo. Quizá no podamos probar su existencia, pero crear arte —y sentirlo— es una forma de intuir que venimos de algo más grande que nosotros

2. El arte universal se manifiesta desde antes de la intervención humana, como parte de un orden sensorial e intangible inscrito en la vida misma. La percepción humana no crea ese arte, pero al experimentarlo —a través del asombro, la contemplación, el gozo o el gusto por lo reflexivo— lo convierte en una experiencia artística insuperable. A veces, como seres humanos, lo nombramos “alma”, “espíritu” o “esenci”, pero lo cierto es que, cuando nos toca, algo profundo se activa más allá de lo racional. Reconocer esa vivencia también es una forma de hacernos responsables de ella.

3. El arte social, en cambio, emerge cuando el ser humano transforma sus emociones, ideas, imaginario y vivencias en lenguaje simbólico, estético o conceptual, utilizando técnicas, formas y medios específicos. Esta dimensión revela la capacidad del arte para comunicar lo invisible, traducir lo intangible y dar forma a lo que no tiene cuerpo y nos recuerda que el arte no solo se expresa: también interpreta, denuncia y propone.

4. La utilidad del arte no radica en su función práctica, sino en su poder de transformar al ser humano desde adentro, ya sea como artista o como espectador, el arte permite dar sentido, reconocer el gusto propio, canalizar emociones, ideologías y construir una

experiencia estética y conceptual que nutre o contamina, emociona, cuestiona, transgrede, provoca, eleva y puede llevarnos a lugares desconocidos. Su impacto es interno e invisible, pero también puede volverse externo y colectivo cuando incide en la conciencia social. Por eso, el arte merece ser cultivado con la misma profundidad con la que es capaz de transformarnos.

SER HUMANO Y SOCIEDAD

5. A lo largo del tiempo, el arte ha ido transformándose en sus estructuras, funciones y usos para responder a las necesidades psicosociales del ser humano. Sin embargo, no todas estas transformaciones han representado un avance hacia una humanidad más sensible, ética o constructiva, algunas incluso han desvirtuado su sentido profundo, al ponerlo al servicio del espectáculo o del poder.

6. El arte es un espejo de la sociedad: cada contexto histórico y cultural se ve reflejado en sus manifestaciones artísticas, las cuales revelan los valores, conflictos y aspiraciones de su tiempo. Negar o minimizar este reflejo es negar la oportunidad de interpretarnos como colectivo.

7. El arte tiende a ser comunitario y colectivo; cada forma de expresión crea y convoca a su propio público, generando identificación, empatía y un sentido de pertenencia en torno a la obra. A través de estos vínculos, se va tejiendo la identidad simbólica y cultural de cada comunidad. No es posible comprender la cultura sin reconocer el papel del arte en su construcción silenciosa y persistente.

8. El arte ofrece un abanico amplísimo de posibilidades estéticas y conceptuales. Cada espectador es libre de elegir qué experimentar, pero esa libertad debe ejercerse con conciencia crítica, comprendiendo y valorando los principios artísticos y éticos de aquello que consume. El goce también puede ser formativo si se cultiva con intención.

9. El arte no solo puede tender puentes entre personas y culturas distintas: tiene el poder de hacerlo. Fomenta el diálogo, la empatía y un sentimiento de humanidad compartida que trasciende fronteras sociales, culturales y generacionales. Quien crea o se expone al arte, participa —consciente o no— en la construcción de estos vínculos profundos. Desatender este potencial es desperdiciar una herramienta de conexión profundamente humana.

10. En términos éticos, las fronteras del arte se extienden en un amplio espectro y dependen de los valores y antivalores vigentes en cada contexto, época y lugar. Lo que una sociedad tolera o condena en el arte define esos límites cambiantes. Por eso, vale la pena preguntarse: ¿a qué le estamos dando lugar y valor?

11. Al vivir en sociedad, ninguna libertad (incluida la artística) es absoluta. Tanto el artista como el espectador deben respetar el marco de leyes y principios que salvaguardan la dignidad y los derechos de todos. El arte sin límites puede transgredir, pero el arte sin conciencia puede destruir.

12. El artista goza de libertad creativa para proponer cualquier obra e introducirla en el espacio público —incluso con fines críticos, de protesta o denuncia—, siempre dentro del cauce del respeto a la vida, la no violencia, y sustentando sus expresiones en motivaciones éticas genuinas. Una crítica sin ética puede convertirse en espectáculo vacío.

13. La libertad de expresión artística no debe ser coartada ni censurada desde afuera; ha de ser autorregulada por el propio artista con madurez y responsabilidad. Cada creador debe anticipar los riesgos e implicaciones de su obra en la sociedad y obrar con conciencia ética antes de llevarla al público. El arte no es impune: deja huellas, y quien crea debe reconocerlas.

14. Cualquier obra que incite al odio, la violencia o la degradación humana conlleva una responsabilidad compartida: del artista que la crea, del intermediario que la difunde, del espectador que la legitima y de una sociedad que guarda silencio. Todos los actores son corresponsables de detener la propagación de expresiones artísticas que atenten contra la dignidad humana. Callar también es participar.

15. Quien actúa como puente entre el artista y el público (gestores, curadores, promotores, etc.) tiene la obligación de ejercer una mediación ética. Esto implica respetar y aplicar sistemas de clasificación de contenidos en las manifestaciones artísticas que se promueven, exhiben o difunden —especialmente para proteger a la niñez y a otros grupos vulnerables— e incluso impulsar la creación de dichos sistemas si no existieran, siempre con el fin de salvaguardar el bienestar social sin coartar la creatividad. Mediar no es censurar: es cuidar el impacto del arte en quienes aún no saben defenderse de él.

16. Una sociedad que valora y apoya el arte demuestra un compromiso con el espíritu humano. Es responsabilidad colectiva promover la libre expresión artística y cultivar en la comunidad una apreciación crítica y consciente del arte, entendiendo que el enriquecimiento

cultural redonda en una sociedad más humana, reflexiva y sensible. Y si el arte se apaga, se apagan también nuestras posibilidades de imaginar un mundo distinto.

EL ARTISTA

17. El artista no sólo crea obras, crea sentido. Cada manifestación artística es un puente entre su mundo interior y el mundo exterior, una responsabilidad que no puede tomarse a la ligera.

18. El arte comienza con el pensamiento. La obra no nace del azar, sino de la conciencia, la observación, la imaginación y el discernimiento. El artista es, ante todo, un pensador sensible.

19. La ética no es un adorno: es la columna vertebral del artista. Toda creación debe tener una intención consciente y un compromiso con su impacto. Ser artista no exime de responsabilidades, las multiplica.

20. El artista tiene el deber de hacerse preguntas incómodas. Cuestionar el mundo, la realidad, el sistema, su propio ego y sus motivaciones. Sólo así su obra puede tener una dimensión transformadora, tanto para él como para otros.

21. No hay obra sin riesgo. Crear es asumir consecuencias. Lanzar una obra al espacio público implica prever sus posibles efectos, especialmente cuando aborda temas sensibles o provoca tensiones sociales. Toda obra es también una postura.

22. La honestidad es la materia prima de la autenticidad. El artista debe ser sincero con su intención, su discurso y sus procesos, incluso cuando crea desde la contradicción o desde la duda.

23. La técnica puede aprenderse; la sensibilidad, cultivarse; la ética, elegirse. El artista elige cada día desde qué lugar se va a relacionar con su creación, con el público y con el mundo.

24. El artista no necesita permiso para crear, pero sí conciencia para compartir. Toda obra que se expone al otro lleva consigo un contrato invisible: provocará algo en alguien. Esa reacción también es parte de la obra.

25. Ser artista no es sinónimo de ser genio, es sinónimo de estar en búsqueda, de afinar la mirada mental, de construir significado y de ofrecer al mundo creaciones con valor más allá de la forma o del reconocimiento.

26. La formación del artista puede ser académica o empírica, pero su legitimidad nace de su coherencia. El arte no se justifica con diplomas, sino con la fuerza y profundidad de su obra.

27. El artista no siempre es comprendido en su tiempo, pero su deber no es complacer al presente, sino dialogar con el porvenir. Crear con sentido es sembrar símbolos que quizá florezcan en otra época, en otro cuerpo, en otra conciencia.

LA CREACIÓN ARTÍSTICA

28. Crear no es un acto inocente, cada manifestación artística, consciente o no, revela un modo de habitar el mundo, de mirar, de resistir o de rendirse, cada obra es un eco de la intención que le dio origen: amor, resistencia, gozo, urgencia, olvido, vanidad o conciencia. Ningún gesto creativo es neutro, aunque a veces el artista no sepa a qué llama cuando crea, algo de sí mismo —y de su tiempo— queda inscrito en la obra. Ser artista implica, antes que dominar una técnica, reconocer el peso de las intenciones que nos mueven a crear. Este principio no busca etiquetar ni juzgar: busca iluminar el mapa interior que cada creador traza con su vida, sus convicciones y sus renunciaciones, ser artista es, en última instancia, un modo de ser en el mundo —y también una forma de sembrar algo invisible en el tiempo.

29. No toda creación nace desde el mismo impulso interior. Cada artista se mueve por intenciones distintas: unas brotan de la necesidad de transformación, otras de la búsqueda de belleza, del deseo de reconocimiento, de la urgencia económica, del testimonio social, del placer estético o incluso de motivaciones más opacas como la especulación. La intención primaria no siempre es visible en la obra, pero siempre deja una huella silenciosa en su construcción. Reconocer las distintas motivaciones que habitan la creación artística no es juzgarlas, sino comprender que el arte también es un espejo de la condición humana, algunas de las intenciones desde las cuales puede nacer la obra artística son:

- El artista que crea por convicción interna, movido por la necesidad de expresar, transformar o despertar conciencias, más allá del beneficio económico o del reconocimiento.
- El artista que crea por amor al arte, por el simple acto de crear, con independencia de la recepción o el aplauso.
- El artista que crea para sanarse, utilizando la obra como un proceso de introspección y liberación interior.
- El artista que crea para compartir su sanación, ofreciendo su obra como testimonio sensible de su recorrido interno.
- El artista que crea desde la espontaneidad o el juego, permitiendo que algo emerja en el acto mismo de crear.
- El artista que crea como forma de resistencia, perseverando en su búsqueda aun frente al silencio, el rechazo o la indiferencia.
- El artista que, a pesar del silencio, sigue creando, habitando la creación como un acto en sí mismo, más allá del eco que genere.
- El artista que crea para provocar reacción, consciente de que la incomodidad también educa y transforma.
- El artista que crea para un público específico, ajustando su lenguaje a una comunidad que lo nutre y lo inspira.
- El artista que crea para un público masivo, buscando resonancia amplia, a veces a costa de la profundidad.
- El artista que crea para un público selecto, apostando a un diálogo más íntimo o especializado.
- El artista que crea para dejar testimonio de su tiempo, plasmando en su obra las tensiones, aspiraciones o conflictos de su contexto social y cultural, construyendo memoria simbólica.
- El artista que crea por encargo, adaptándose a requerimientos externos a cambio de un sustento económico.
- El artista que crea para vender, diseñando obras que respondan a la demanda del mercado.
- El artista que crea para satisfacer tendencias, cediendo a los gustos dominantes para asegurar reconocimiento o ganancia.
- El artista que se vende al mercado, traicionando sus principios originales a cambio de aceptación o beneficios materiales.
- El artista que abandona su vocación por necesidad económica, optando por caminos más estables o rentables.
- El artista que crea como hobby, disfrutando del arte como un espacio de esparcimiento y gozo personal.

- El artista que crea como terapia, encontrando en el proceso creativo un alivio emocional, y eventualmente compartiéndolo.
- El artista que crea para volverse famoso, colocando su obra al servicio de la visibilidad personal.
- El artista que crea para afirmar su ego, usando el arte como vehículo de autoexaltación o poder simbólico.
- El artista que crea para glorificar o legitimar un poder, utilizando el arte como instrumento de exaltación, propaganda o imposición simbólica.
- El artista que crea como imposición ideológica, buscando adoctrinar o manipular conciencias mediante su obra.
- El artista que se cobija en la complejidad aparente, generando obras herméticas o inaccesibles para otorgarles un aura de profundidad que no siempre se sostiene en su resonancia estética, conceptual o simbólica. Nota: La complejidad auténtica en el arte nace de la profundidad genuina de la obra, no de la opacidad artificial. La verdadera resonancia artística no depende de su dificultad, sino de su capacidad de tocar, cuestionar o transformar, incluso desde niveles de lectura exigentes.
- El artista que crea para especular en el mercado del arte, priorizando el valor de inversión sobre la construcción simbólica o estética.
- El artista que crea para operar mecanismos de legitimación financiera, utilizando el arte como instrumento de evasión, lavado de dinero o manipulación de activos culturales.
- El artista que crea para el entretenimiento, buscando ofrecer al espectador experiencias de distracción, gozo estético o evasión emocional, priorizando el placer sensorial inmediato sobre la reflexión profunda. Nota: El arte que ofrece placer o gozo inmediato cumple una función humana legítima; sin embargo, su impacto suele ser efímero si no integra también niveles de resonancia simbólica, crítica o espiritual.
- El artista que no muestra su obra ya sea por elección consciente, temor, pudor o indiferencia al reconocimiento.
- El artista que toca puertas persistente, hasta que la oportunidad encuentra su cauce.
- El artista que se cansa de tocar puertas y decide abandonar su camino creativo.
- El artista que crea para ironizar o ridiculizar, utilizando la sátira, el humor ácido o la parodia como forma de crítica social o cultural.
- El artista que explora realidades alternativas, jugando con lo irreal, lo surreal, lo onírico o lo distorsionado para expandir las fronteras de la percepción.

La intención desde la cual nace una obra no garantiza automáticamente su calidad artística, la autenticidad del impulso creativo es valiosa en sí misma, pero la calidad simbólica, estética y conceptual de una obra dependerá de los valores que logre construir y transmitir, más allá de la motivación que la haya originado.

30. El arte no es unilateral, una misma obra puede animar o desanimar, consolar o desconsolar, liberar o aprisionar, su potencia no está limitada a generar placer o belleza: también puede confrontar, doler, inquietar o vaciar. Esta capacidad dual no lo debilita: lo engrandece, revela que el arte es espejo y eco de la condición humana: contradictoria, luminosa y oscura a la vez.

31. El artista no es responsable de controlar las emociones de todos los espectadores, pero sí es éticamente responsable de desde qué intención crea: ¿Crea para sanar o para manipular? ¿Para reflejar un dolor necesario o para exacerbar un odio gratuito?, el arte puede acompañar procesos de duelo, permitir catarsis, o activar heridas latentes. El creador consciente asume que su obra puede tocar zonas vulnerables y actúa desde la honestidad y el respeto, aun cuando su obra incomode o duela.

32. Así como una pintura, una obra de teatro, un poema, una escultura o una canción pueden hundir más a quien atraviesa el dolor, o liberar a quien necesita vaciarse para sanar, el arte ofrece múltiples rutas: no hay un solo camino correcto, el arte puede: Animar o desanimar, consolar o desconsolar, sanar o herir, impulsar o frenar, liberar o aprisionar, clarificar o confundir, elevar o degradar, resignificar o estancar. Esta ambivalencia no es defecto: es su profunda humanidad, aceptar que el arte actúa en todos los niveles de la experiencia humana es reconocer su verdadero poder.

33. El arte es un lenguaje simbólico tan vasto como la vida misma: puede iluminar los caminos o encender los abismos, la responsabilidad de quien crea no es eliminar la dualidad, sino abrazarla con conciencia, para ofrecer al mundo una obra que, aun en la contradicción, no renuncie a su anhelo de verdad.

34. No toda manifestación artística es automáticamente una obra de arte, así como en el campo de la alimentación existe la diferencia entre un alimento nutritivo y la comida chatarra, en el campo de las expresiones culturales también existe una distinción profunda entre las obras que nutren simbólicamente al ser humano y aquellas que lo vacían, lo fragmentan o lo degradan. Una obra de arte auténtica no se define únicamente por su existencia, su difusión o su popularidad, sino por los valores simbólicos, estéticos, conceptuales, emocionales o espirituales que contiene y transmite.

35. El arte verdadero es alimento del alma: enriquece, cuestiona, conmueve, eleva, reflexiona o transforma, las manifestaciones de bajo valor, aunque sean consumidas y compartidas socialmente, no ofrecen el mismo nivel de nutrición simbólica, algunas incluso pueden contaminar, aturdir o trivializar la experiencia humana. No se trata de elitismo ni de exclusión, sino de reconocer que, como en el campo de la salud, no todo lo que se consume fortalece: algunas formas de "consumo cultural" pueden adormecer, erosionar o empobrecer la sensibilidad colectiva. Aceptar esta distinción es un acto de responsabilidad: Formar una conciencia crítica es aprender a reconocer qué nutre verdaderamente y qué vacía, qué construye y qué destruye, en el cuerpo simbólico y espiritual de la humanidad.

36. Ningún artista real habita de manera absoluta una sola intención. La mayoría de las trayectorias creativas son el resultado de la convivencia, el cruce o la evolución de diversas motivaciones a lo largo del tiempo, un mismo creador puede, en diferentes momentos de su vida, crear por convicción, por amor al arte, por necesidad económica o por búsqueda de reconocimiento. La autenticidad del artista no reside en su apego a una categoría fija, sino en la conciencia ética con que asume sus intenciones, en la honestidad de su proceso creativo, y en la voluntad de ir descubriendo, paso a paso, el mejor camino: primero para sí mismo, y después, como extensión natural, para la colectividad.

37. El verdadero ascenso de una obra en el sistema del arte debería ser visible, ético y transparente. Como un tubo de cristal por donde el mérito sube paso a paso, visible al ojo sensible y crítico. Crear desde la honestidad, desde la búsqueda y el rigor, no desde el espectáculo ni la estrategia, es la única forma de sostener una obra sobre bases firmes. Todo lo que asciende por las sombras termina cayendo por su propio peso. Quienes lo avalan desde la oscuridad, también se hunden con él.

38. En el centro de todo acto creativo habita un eje invisible: el gusto sensual y el gusto intelectual. Uno vibra con la emoción estética inmediata; el otro exige reflexión, complejidad y resonancia conceptual. Ambos son columnas vertebrales de toda creación artística que aspira a tener profundidad y trascendencia. Separarlos empobrece la obra. Integrarlos la vuelve necesaria. El arte más sólido se construye donde ambos gustos se abrazan sin rivalidad.

39. Toda creación artística nace en el pensamiento, pero no se limita a él. Es una confluencia entre intuición, emoción, técnica, ética y espiritualidad, donde el arte se gestiona como un proceso interior que luego se proyecta al mundo como forma sensible. Solo quien se permite habitar ese proceso con honestidad, puede ofrecer una obra con sentido.

40. La intuición es el motor primigenio de la creación, a través de ella, el artista capta lo que aún no tiene forma, y lo va decantando en imágenes, sonidos, palabras o gestos que revelan dimensiones invisibles de la existencia.

41. La técnica no es enemiga del espíritu creativo; es su aliada, cuanto mayor es el dominio técnico, mayor es la libertad para expresar con fidelidad la visión interior del artista.

42. La inspiración no se espera: se provoca. El acto creativo requiere trabajo, constancia y una apertura sensible para que la chispa intuitiva se manifieste. La creación es diálogo entre la voluntad y el asombro. Quien se sienta a esperar “la musa” ya se ha perdido de medio camino.

43. El inconsciente, los símbolos y las emociones profundas son materia prima del arte. La obra no siempre nace desde lo racional; a menudo brota de zonas oscuras, poéticas, traumáticas o ensoñadas, cuya exploración enriquece la propuesta estética y conceptual.

44. El arte no debe reducirse a la biografía del artista. La obra cobra vida propia: puede ser espejo, herida, testimonio o enigma, pero su valor reside en su capacidad de resonar más allá de quien la crea. Buscar el arte solo en la vida del autor es como mirar el dedo que señala la luna y no la luna misma.

45. Toda creación conlleva una intención. Sea explícita o velada, toda obra tiene un porqué que la sostiene y la dirige. Esa intención es el ancla ética del proceso artístico.

46. La honestidad es el cimiento de toda obra significativa. Crear desde la impostura o desde intereses ajenos a la necesidad interior diluye la potencia expresiva y desconecta al artista de su esencia. El público puede no saber por qué algo no le conmueve, pero siempre detecta cuándo le están mintiendo.

47. La obra auténtica nace del equilibrio entre emoción y estructura. Ni el caos absoluto ni la rigidez formal generan por sí solos arte significativo. Es en la alquimia entre libertad y forma donde emerge la obra viva.

48. La creación artística es un acto ético y espiritual. No por obedecer reglas externas, sino porque exige integridad interior, conciencia de lo que se comunica y responsabilidad sobre el impacto que se puede generar. Quien crea sin conciencia, termina repitiendo fórmulas sin alma.

49. El arte transforma a quien lo crea y a quien lo contempla. Su poder no es sólo estético, sino simbólico, emocional y político. El acto de crear es, en sí mismo, una forma de habitar el mundo con más profundidad y sensibilidad.

50. Toda obra auténtica es un territorio de resistencia. Frente a la prisa, la banalidad o la mercantilización del arte, crear con hondura y libertad es un acto subversivo que defiende el derecho del espíritu a expresarse con verdad. Hoy más que nunca, crear con integridad es una forma de rebelión luminosa.

LAS MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS Y LAS OBRAS

51. No toda manifestación artística es capaz de nutrir simbólicamente. Pintar no siempre es hacer arte, como escribir no siempre es crear literatura. El arte auténtico exige algo más que expresión: requiere valores simbólicos, estéticos, emocionales o conceptuales capaces de resonar y nutrir la experiencia humana. El arte comienza cuando lo creado transforma la conciencia individual y colectiva, cuando se inscribe en el tiempo y deja una huella más allá de la autoría o el aplauso.

52. Si existiera un arteograma —una especie de electrocardiograma del arte— revelaría que no toda obra pulsa igual. Algunas vibran con intensidad ética, estética y conceptual. Otras, apenas registran actividad bajo el barniz del mercado. El valor artístico no se mide por el ruido ni por el precio, sino por la vibración profunda que deja en quien la recibe. El arte verdadero no se impone: resuena.

53. No todo lo que se manifiesta es arte. La expresión creativa no siempre se convierte en una obra artística. Pintar, cantar o escribir son actos legítimos, pero no por eso automáticamente se transforman en arte. El arte auténtico exige algo más que la acción: requiere intención consciente, construcción simbólica, resonancia emocional o conceptual, y profundidad de propuesta.

54. La palabra “arte” se ha trivializado. Hoy todo se llama arte: desde un pastel bien decorado hasta un video viral. Pero nombrar “arte” a cualquier cosa no engrandece la creación, la diluye. El arte no se decreta por moda, gusto personal ni provocación: se construye con oficio, intención, lenguaje y capacidad de resonancia.

55. No toda expresión creativa es arte. Usar un medio artístico —pintar, escribir, actuar, grabar, esculpir, interpretar— no garantiza por sí solo la existencia de una obra. El arte

comienza cuando la manifestación se convierte en propuesta artística: cuando integra intención consciente, lenguaje simbólico, resonancia estética, emocional o conceptual, y un aporte significativo que trascienda la mera expresión. A veces, lo que parece simple en su forma puede estar cargado de complejidades invisibles.

56. No toda intención de hacer arte lo convierte en arte. La voluntad del creador es solo el punto de partida. La obra debe sostener esa intención mediante una construcción simbólica clara, una propuesta significativa y apertura al juicio crítico.

57. Una obra puede aspirar a ser arte cuando se sitúa en un contexto que opera como campo legitimador —una galería, un foro, una intervención pública, una curaduría— o cuando la comunidad que la recibe la reconoce como arte por su potencia simbólica, estética o conceptual. Lo que la legitima no siempre es el recinto, sino el vínculo que establece con su tiempo, su audiencia y su resonancia.

58. El hecho de que una obra esté “dentro” del sistema del arte no garantiza su calidad. Pero sí la somete —o debería someterla— al análisis técnico, estético y conceptual. Sólo aquellas que resuenan con profundidad en estos planos pueden ser consideradas verdaderas obras de arte.

59. Una obra comienza a ser arte cuando integra su medio con conciencia, propone algo significativo, transforma al espectador, y se sostiene más allá de su autor. El arte nace en la conjunción entre técnica, sensibilidad, propuesta y resonancia. No necesita premios, curaduría o viralidad. Necesita verdad.

60. El arte auténtico deja huella. No se mide por el hype ni por la polémica, sino por el rastro que deja en la conciencia, en el tiempo y en la cultura. Una obra verdaderamente artística no solo se mira o se escucha: se recuerda, se cuestiona, se lleva dentro. El arte no nace de la ocurrencia, sino de la urgencia interior de decir algo que aún no tiene forma.

61. Una obra de arte se consume en el momento en que establece una conexión significativa con el espectador, incluso si sus intenciones o valores no coinciden. Esa resonancia es la que da sentido y presencia real a la manifestación artística. Sin ese eco en el otro, la obra corre el riesgo de quedarse muda, incluso si fue pensada con fuerza.

62. Insertar una obra en el espacio artístico no garantiza su trascendencia; su verdadero valor dependerá de la autenticidad de su intención, de su aporte simbólico o significativo, y de su capacidad para dialogar con el entorno.

63. El arte es una herramienta poderosa: puede sanar, elevar, transformar... pero también puede dañar, tergiversar o degradar. Su impacto depende de la intención de quien lo crea, de los valores que transmite y del juicio ético con que es recibido. Una obra puede ser luz o sombra, bálsamo o veneno. Por eso, su creación exige conciencia, y su difusión, responsabilidad.

64. Toda creación nacida del deseo honesto de comunicar una experiencia estética o conceptual, ofrecida en los espacios legítimos del arte, entra al terreno de lo artístico. Pero será el juicio ético, crítico y espiritual el que determine su verdadera relevancia. Sin este tamiz, el arte corre el riesgo de convertirse en ornamento vacío o provocación sin sustancia.

65. El arte no está confinado a una disciplina ni a un soporte. Cualquier manifestación —visual, sonora, escénica, literaria o mixta— puede contener los elementos esenciales que la conviertan en una obra significativa. Lo importante no es el formato, sino la verdad que la habita.

66. Cada obra habita un espectro de valores simbólicos, estéticos y conceptuales que va de lo más luminoso y transformador a lo más sombrío y destructivo. Su ubicación en este gradiente dependerá de los elementos que la componen, del contexto que la rodea y del efecto que produce en la conciencia del espectador.

67. El valor de una obra no reside únicamente en su belleza ni en su complejidad formal, sino en su capacidad de provocar reflexión, emoción, crítica o elevación espiritual, incluso cuando lo hace desde lo incómodo, lo sutil o lo contradictorio.

68. La calidad de una manifestación artística puede evaluarse mediante parámetros comparativos —técnicos, estéticos y conceptuales— dentro de su propio género, estilo, época o intención comunicativa. Pero esta evaluación no debe reducirse a lo técnico: también exige sensibilidad y conciencia crítica.

69. El juicio del espectador está moldeado por su sensibilidad, experiencia, entorno y bagaje intelectual; por ello, cada obra será leída de manera distinta. Esa multiplicidad de lecturas no es una debilidad: es parte de la riqueza del arte. Cada interpretación puede enriquecer, cuestionar o transformar el significado de una obra.

70. La simpleza formal no implica superficialidad conceptual, así como la complejidad técnica no garantiza profundidad. Solo una lectura atenta —desde la sensibilidad, el conocimiento y la conciencia crítica— revela si una obra contiene sabiduría, provocación, belleza o vacío.

71. Las obras de arte están formadas por valores intrínsecos —aportados por el artista— y valores extrínsecos —asignados por la sociedad, el tiempo, la historia, el mercado o la crítica. Ambos tipos de valor dialogan, se tensionan y transforman su significado con el paso del tiempo.

72. Una obra nace del artista, pero se completa en la mirada del otro. Su sentido es orgánico, móvil y evolutivo; cambia con cada contexto, con cada espectador y con cada época. Esta mutabilidad no debilita su esencia, sino que la convierte en un ser simbólico vivo, capaz de resistir el tiempo, reactivarse o resignificarse.

APRECIACIÓN ARTÍSTICA

73. Todo juicio artístico se origina en la experiencia sensorial y se transforma en interpretación mediante el pensamiento. El espectador percibe una obra a través de los sentidos, pero es su mente —informada por el gusto, la emoción, el conocimiento y el contexto— la que construye un juicio de valor. Apreciar arte no es una habilidad pasiva: es un acto activo de percepción, reflexión y sensibilidad.

74. La apreciación artística es un proceso complejo que involucra tres tipos de juicio: el técnico, estético y conceptual. Cada uno ofrece rutas distintas de análisis y experiencia. Aunque no todas las obras requieren los tres para ser valoradas, su combinación enriquece la interpretación, estimula la sensibilidad y fortalece el pensamiento crítico. Saber mirar con profundidad no es un privilegio: es una posibilidad que se cultiva.

A) El Juicio técnico evalúa la destreza en el uso del lenguaje propio de cada disciplina: el trazo en la pintura, la corporalidad en la danza, la voz y expresión en el teatro, la ejecución instrumental en la música, el montaje en el cine, la disposición espacial en la instalación, entre muchos otros. Este juicio responde a la pregunta “¿cómo y con qué se hizo o ejecutó la obra?”

B) El Juicio estético responde a los estímulos sensoriales y emocionales que genera la obra: color, forma, sonido, movimiento, atmósfera, ritmo, textura o proporción, dependiendo de la disciplina. Este juicio se vincula al gusto sensual del espectador y a la forma en que la obra conmueve, perturba, agrada o fascina. Responde a la pregunta “¿Qué y cómo, se ve, se escucha y se siente la obra?”

C) El Juicio conceptual interpreta el contenido simbólico, narrativo o discursivo. Analiza qué idea, mensaje o reflexión propone la obra, ya sea de forma explícita o implícita. Este juicio demanda una lectura más profunda y responde a la pregunta “¿qué dice, qué plantea, qué cuestiona o qué historia propone esta obra?”

75. Aunque algunos artistas sostienen que toda obra tiene un concepto, este no siempre es accesible por sí mismo. Cuando el contenido conceptual de una obra no puede deducirse a partir de sus recursos expresivos, del contexto en que se presenta o de la experiencia directa del espectador, se vuelve necesario ofrecer un marco interpretativo mínimo: un título, una declaración artística, una curaduría o una inscripción contextual. El concepto sin sustento es un susurro perdido; la obra sin código de acceso, una puerta cerrada. O, en su caso, puede tratarse de una decisión consciente del artista, quien ha optado por prescindir de una narrativa explícita y circunscribirse a un concepto puramente estético.

76. El espectador no es un receptor pasivo: interpreta, resignifica, acepta o rechaza. Esta respuesta es válida aun si no coincide con la intención original del artista. El arte también sucede en la mente y en el cuerpo de quien lo experimenta, ya sea a través de la mirada, la escucha, la lectura, la participación o la presencia activa. Toda obra viva necesita de un espectador dispuesto a dialogar con ella.

77. El gusto, tanto sensual como intelectual, es dinámico. Se moldea por la educación, la experiencia, el entorno, los referentes culturales y los estímulos del presente. Puede nutrirse o contaminarse según lo que consumimos, por eso, formar el gusto es también una forma de formar conciencia.

78. La percepción estética, técnica y conceptual varía entre individuos y culturas. No todos apreciamos lo mismo ni de la misma forma, pues nuestros marcos simbólicos, afectivos, formativos y sociales son diversos y cambiantes. Por eso, aprender a mirar desde otros ojos también es una forma de expandir nuestra humanidad.

79. Toda obra provoca una o más reacciones: estéticas, técnicas o conceptuales. Estas pueden generar agrado, rechazo, indiferencia o ambivalencia. El juicio resultante no surge del impulso inmediato, sino de la interacción entre lo percibido, lo comprendido y lo valorado desde cada uno de estos niveles. Apremiar no es solo sentir: es también pensar y posicionarse.

80. Una obra puede conmover sin comprenderse, y puede comprenderse sin conmover. Asimismo, puede admirarse por su virtuosidad en la ejecución técnica sin generar una conexión estética o conceptual. Las vías de apreciación no siempre coinciden, pero al combinarse enriquecen la experiencia. También existen obras que alcanzan su plenitud artística a través de la contemplación, el placer estético o la elevación emocional que generan, sin necesidad de un discurso complejo.

Sentir también es forma de significar: la belleza, la armonía o el gozo sensorial profundo son caminos legítimos para experimentar el arte. Sin embargo, el verdadero valor de una manifestación artística reside en la propuesta que ofrece: toda obra que aspire a ser arte debe aportar algo significativo al espectador —ya sea desde la narrativa conceptual o desde la carga emocional y sensorial que pretende transmitir con conciencia, intención y lenguaje propio.

De lo contrario, quedará como una manifestación más entre las innumerables expresiones efímeras, fugaces e incapaces de sostener su resonancia en el tiempo y cuya fecha de caducidad probablemente será breve. El placer inmediato no garantiza profundidad artística: una canción puede provocar euforia sin que eso la convierta en una obra de arte si carece de construcción simbólica, complejidad formal o intención transformadora.

81. Las distintas manifestaciones artísticas activan formas específicas de juicio: en la danza puede destacar la técnica corporal; en la música, la ejecución y el matiz; en la pintura, el trazo y la composición. Cada arte convoca criterios particulares, y es deber del espectador afinar su sensibilidad para reconocerlos más allá del gusto personal.

82. La obra no tiene control sobre la lectura que se haga de ella. Una vez lanzada al espacio público, su significado se multiplica en cada espectador, quien la inscribe en su propio universo mental. Sin embargo, cuando contiene un discurso explícito —narrativo, visual, musical, escénico o simbólico— este funciona como un marco referencial que orienta su interpretación. La libertad interpretativa no debe ser excusa para ignorar el impacto social de los mensajes que emite. Algunas manifestaciones artísticas cosifican, discriminan, violentan o banalizan el sufrimiento humano sin ofrecer reflexión, crítica ni propuesta transformadora. En estos casos, no sólo es legítimo emitir un juicio ético: es urgente. La interpretación, así como la creación, implica una responsabilidad que trasciende el gusto personal: interpela nuestra conciencia colectiva.

83. Una obra artística puede conmover, incomodar, desestabilizar o provocar al ser apreciada. No todo arte busca agrandar. La belleza no es el único camino para la valoración: lo trágico, lo grotesco, lo ambiguo o lo subversivo también abren espacios de sentido y reflexión. A mayor complejidad de la obra —ya sea técnica, estética o conceptual— mayor exigencia cognitiva. Por eso, educar la mirada es abrir la puerta a niveles más profundos de experiencia.

84. El espectador desarrolla su sensibilidad y capacidad de juicio a través del hábito, la apertura y la formación. La apreciación artística se entrena en todos sus niveles: técnico, estético y conceptual. No se trata de entenderlo todo, sino de expandir los umbrales de percepción, reflexión y resonancia. El arte no siempre es claro, pero sí puede ser revelador si se le permite.

85. El juicio conceptual no siempre se construye únicamente a partir de lo que la obra presenta directamente. El conocimiento del autor, el momento histórico, el discurso curatorial o el entorno social pueden aportar significados que no están explícitos en la experiencia directa de la obra, pero que enriquecen su interpretación. Interpretar con profundidad es también investigar, vincular y contextualizar.

86. Un juicio artístico responsable va más allá del “me gusta” o “no me gusta”. Se construye desde el análisis técnico, la apreciación estética y la comprensión conceptual, en diálogo con el contexto, la sensibilidad y la ética del espectador. Apreciar arte no es una reacción; es una elección reflexiva.

87. Todo juicio artístico debe considerar tanto los valores intrínsecos de la obra como los marcos sociales, históricos y simbólicos que la rodean. El arte no existe en el vacío: está tejido con el tiempo que lo contiene.

88. Como resultado de los juicios técnicos, estéticos y conceptuales, el espectador puede responder de diversas maneras ante una obra artística:

- Validándola desde una experiencia positiva y aceptándola como valiosa.
- Rechazándola por generar emociones negativas, anulando cualquier valor que contenga, por percibir fallos en su ejecución o discurso.
- Manteniéndose en un estado neutro o indiferente, sin interés por comprenderla, ya sea por desinterés o desconocimiento.
- Experimentando sentimientos encontrados y emitiendo un juicio mixto, validando algunos elementos y desestimando otros.

Todas estas respuestas son legítimas, pero su riqueza dependerá del grado de consciencia con el que se realicen.

89. Toda manifestación artística puede ser leída desde tres niveles complementarios: su forma sensorial (juicio estético), su fondo simbólico (juicio conceptual) y su ejecución (juicio técnico). Distinguir estos planos no limita el arte, lo expande. Enseñar a leerlos es formar espectadores más conscientes, críticos y sensibles.

90. La apreciación artística no exige comprenderlo todo, pero sí puede entrenarse para percibir con más profundidad. A mayor conciencia del cómo, el qué y el por qué de una obra —ya sea visual, sonora, escénica o literaria—, mayor será la riqueza de la experiencia artística. La ignorancia no es excusa: todo ser humano puede afinar su sensibilidad si se lo propone.

LA VALORACIÓN Y LEGITIMACIÓN

91. El valor de una obra debería surgir de la coherencia entre su ejecución, su mensaje y su resonancia cultural o social, no del artificio del mercado o de estrategias de consagración impuestas. La obra debe ascender con la claridad del mérito, no en la oscuridad del artificio. El arte no necesita trampolines; necesita raíces profundas que lo sostengan.

92. La valoración artística es un proceso evaluativo que se basa en el análisis de los aspectos técnicos, estéticos y conceptuales de una obra, pero también considera su contexto histórico, cultural y simbólico. La obra no puede juzgarse aislada de las condiciones en las que fue creada. Una obra no puede juzgarse aislada de las condiciones que la vieron nacer.

93. La legitimación del arte es un acto colectivo y convencional que depende de acuerdos, validaciones simbólicas y consensos culturales. No tiene carácter absoluto ni garantiza la calidad esencial de una obra. Lo que hoy se considera arte legítimo puede no haberlo sido en el pasado, y viceversa. El tiempo, la historia y los valores dominantes modifican los criterios de inclusión y exclusión en el campo artístico.

94. Existen dos formas principales de legitimación: la institucional [proveniente de museos, críticos, coleccionistas, mercado, etc.] y la experiencial [proveniente del impacto directo que una obra produce en un espectador o comunidad]. Ambas formas pueden convivir, contradecirse o incluso fortalecerse mutuamente, pero ninguna tiene la última palabra.

95. La valoración individual no requiere aprobación externa para ser válida. Cuando un espectador se conmueve, reflexiona o se transforma frente a una obra, esa experiencia ya le otorga un valor real. La emoción íntima también construye legitimidad.

96. El arte no necesita mediadores para ser significativo, la experiencia íntima, aunque no institucionalizada, también es legítima. Ningún curador tiene el poder de anular lo que una obra despierta en quien la recibe con honestidad.

97. Los juicios de valor que emiten comunidades especializadas deben ser ejercidos con ética, responsabilidad y fundamento. Su influencia es poderosa y, por ello, también puede ser peligrosa si responde a intereses ajenos al arte. Toda validación sin ética es propaganda.

98. El rol del curador, crítico, gestor o académico del arte debe estar orientado a iluminar caminos de lectura, no a imponer verdades únicas ni discriminar propuestas por prejuicios, modas o favoritismos. La mediación artística debe ser puente, no frontera.

99. El mercado puede ser un agente de visibilidad, pero no debe ser el criterio principal para determinar el valor artístico de una obra. Confundir valor simbólico con valor monetario es empobrecer el arte.

100. El valor artístico de una obra no debe confundirse con su valor monetario. La calidad, profundidad y aporte cultural de una creación no siempre se reflejan en su precio. La espectacularidad, el hype, la exclusividad o el respaldo de ciertos mercados pueden distorsionar la percepción de su verdadero impacto o significado. Una obra costosa no es necesariamente valiosa en términos artísticos, así como una creación humilde puede tener un poder transformador incalculable.

101. Cada obra debe ser evaluada por su mérito propio. Su legitimación no debería depender del prestigio del artista ni de su inclusión en circuitos institucionales. La obra debe sostenerse por sí misma —por su fuerza estética, técnica o conceptual— y no por la trayectoria, el marketing o la fidelidad del público. Aun los creadores más reconocidos pueden tener aciertos y desaciertos. La reverencia automática es enemiga del juicio artístico lúcido.

102. La crítica del arte debe fomentar la reflexión, ofrecer herramientas de análisis y ampliar la comprensión del fenómeno artístico. No debe ser destructiva, excluyente ni punitiva. Una crítica ética no sentencia, sugiere. No impone, propone. No humilla, orienta. No descalifica, acompaña. No anula, dialoga. No se vende, se compromete.

103. Validar o legitimar una obra implica decidir qué tipo de arte deseamos promover, proteger o heredar. Por eso, el acto de legitimación debe ser ético, consciente y responsable. Toda validación construye un mapa simbólico del arte. Preguntémonos: ¿qué futuro estamos dibujando con nuestras elecciones?

104. El espectador no debe ceder ciegamente su juicio a los sistemas de poder simbólico. Tiene el derecho —y la responsabilidad— de construir su propio criterio estético y conceptual. Formarse, investigar, sensibilizarse y experimentar el arte desde el cuerpo, la emoción, la razón y el espíritu, es parte del acto de emancipación del espectador.

EXPERIENCIA ARTÍSTICA

105. La experiencia artística no es pasiva: es una co-creación entre la obra, el espectador y su universo simbólico. Cada encuentro con el arte transforma a quien lo contempla, aunque sea de manera mínima, inconsciente o efímera. Incluso cuando no comprendemos del todo una obra, nuestra percepción se activa, el pensamiento se moviliza y algo se despierta. La experiencia puede ser placentera, desconcertante, irritante o sublime: todas son válidas y necesarias, siempre que se vivan con apertura y presencia.

106. Toda persona, incluido el artista, es espectador en algún momento de su vida. Esta condición nos iguala y nos recuerda que el arte se completa en la mirada del otro. No hay experiencia artística sin recepción. Y no hay recepción sin sensibilidad, escucha, disposición o resistencia.

107. La experiencia artística se construye desde la emoción, el pensamiento, el cuerpo y la memoria. En ella confluyen sensaciones inmediatas y reflexiones posteriores, estímulos perceptivos y marcos de interpretación. Ver, oír, tocar o leer una obra activa reacciones químicas, asociaciones simbólicas y procesos mentales complejos. Esa alquimia es irrepetible en cada individuo y profundamente humana.

108. A mayor complejidad de la obra, mayor exigencia para el espectador. Las manifestaciones artísticas densas, simbólicas o disruptivas requieren apertura mental y una disposición al esfuerzo intelectual y emocional. Esto no significa que sean “mejores”, sino que su lectura demanda más capas de interpretación. La experiencia artística —a través de los ejes rectores del arte— también puede requerir formación, sensibilidad entrenada y hábito reflexivo. La experiencia artística también se cultiva: no se impone, se construye.

109. No todos los públicos experimentan el arte de la misma forma. Hay espectadores ocasionales, frecuentes, conocedores y especialistas. Cada uno accede a la obra desde un nivel distinto de lectura y sensibilidad. Esto no jerarquiza al espectador, pero sí evidencia que cada experiencia responde a una profundidad distinta. Lo importante es abrir caminos, no cerrar sentidos.

110. Las emociones que despierta una obra no siempre son placenteras. El arte puede incomodar, herir, cuestionar o desestabilizar. Estas emociones también forman parte legítima de la experiencia artística. La incomodidad también educa. La belleza no siempre es el único camino hacia la verdad o la transformación.

111. La experiencia artística no es universal ni homogénea. Está atravesada por la cultura, la historia, el género, la clase, el lenguaje, el entorno y las condiciones de vida de cada espectador. Por eso, lo que conmueve a uno puede dejar indiferente a otro. Y lo que para alguien es arte sublime, para otro puede ser banalidad o agresión. Aceptar esta diversidad no relativiza el arte, lo humaniza.

112. La apreciación artística puede desarrollarse. Cuanto mayor sea la exposición, la reflexión y la sensibilidad del espectador, más rica será su experiencia. Así como un músico entrena el oído, el espectador puede afinar su mirada, su escucha y su criterio. No se trata de elitismo, sino de apertura y disposición. No se trata de elitismo, sino de cultivo: el arte también florece en quien se dispone a comprenderlo.

113. Cada obra activa procesos únicos en cada espectador, pero también es capaz de generar experiencias colectivas, compartidas, rituales o incluso transformadoras a nivel social. La experiencia artística puede ser íntima o colectiva, privada o política, estética o espiritual. Su potencial es vasto e impredecible. Su potencial es vasto, impredecible y profundamente humano.

114. Una obra no siempre necesita ser entendida para generar una experiencia significativa. A veces conmueve sin ser comprendida, y otras se comprende sin conmover. Ambas rutas son válidas y pueden coexistir. El arte también vive en la contradicción. No siempre hay que descifrarlo para habitarlo, basta permitir que algo en uno se altere.

115. La experiencia artística puede leerse en distintos niveles, según el bagaje personal y cultural del espectador, su intención y su disposición emocional o intelectual. Existen cinco niveles progresivos de lectura que enriquecen la relación entre obra y público:

1.- Lectura natural

Es la primera reacción del espectador ocasional. Surge del encuentro espontáneo con la obra, sin conocimientos previos. Aquí predomina el gusto inmediato: “me gusta / no me gusta”, “me provoca / me deja indiferente”. Aunque básica, esta lectura es legítima, y a veces profundamente emocional.

2.- Lectura básica

Implica una apreciación estética elemental. El espectador reconoce ciertos valores formales de la obra —colores, sonidos, formas, ritmo, atmósfera— aunque no logre interpretarla a profundidad. Es el nivel donde se empieza a distinguir la forma más allá del fondo.

3.- Lectura intermedia

Se da en el espectador frecuente que ha desarrollado un gusto entrenado, aunque no sea especialista. Capta símbolos, estilos, géneros, e intuye el discurso del artista. Reconoce elementos técnicos o expresivos y comienza a identificar intenciones en la obra.

4.- Lectura avanzada

Propia de conocedores del arte. Este nivel permite identificar con precisión el lenguaje de la disciplina, sus contextos históricos y simbólicos, así como el discurso implícito o explícito del creador. El espectador en este nivel dialoga críticamente con la obra.

5.- Lectura especializada

Aquí se integran la apreciación estética, técnica, conceptual y crítica. La lectura se realiza con criterios profesionales, considerando también el impacto de la obra

en el medio, el mercado, la sociedad y la historia del arte. Esta lectura suele ser realizada por curadores, teóricos, críticos y artistas de alto nivel.

* Cada nivel es valioso en sí mismo. El arte no exige un grado específico para ser experimentado, pero cuanto más se profundiza en su lectura, mayor será la riqueza de la experiencia y así como el arte se transforma, también nosotros podemos movernos entre estos niveles, según la obra, el momento o la disposición.

SIGNIFICACIÓN Y TRASCENDENCIA

116. Significación de una obra no se impone, se construye entre el artista, el espectador y el contexto. Esa construcción simbólica es dinámica, múltiple, subjetiva y profundamente humana.

117. La trascendencia no siempre es inmediata; algunas obras requieren tiempo, maduración social o transformaciones culturales para ser comprendidas y valoradas en su profundidad. La historia nos enseña que el arte también tiene su propio reloj.

118. La aportación más valiosa de una obra no está en su impacto inmediato, sino en su capacidad de perdurar, provocar reflexión, dialogar con otras obras y expandir el pensamiento humano. Trascender no es hacer ruido, sino dejar eco.

119. Una obra significativa no necesita ser famosa; basta con que haya generado un eco real en el interior de alguien. La intimidad de su efecto puede ser tan poderosa como su alcance público. La intimidad de su efecto puede ser tan poderosa como su alcance público. La celebridad no define su valor.

120. La historia del arte está llena de casos donde el reconocimiento vino después de la muerte del autor. Por ello, reconocer la aportación de artistas vivos con obra significativa es un acto de justicia cultural y ética. honrar a artistas vivos con obra significativa es un acto de justicia simbólica y responsabilidad cultural.

121. Trascender no es ser eterno, es haber tocado la conciencia de alguien, en algún momento, de forma profunda y transformadora. La huella importa más que la duración.

122. El consumo irreflexivo y masivo de productos sin valores artísticos erosiona la estructura simbólica del arte y privilegia el mercado por encima del significado. Cuando el entretenimiento desplaza al sentido, el arte se empobrece.

123. Una obra significativa puede elevar al espectador o confrontarlo, pero siempre le ofrece una posibilidad de transformación interior. El arte no siempre conforta, pero nunca deja indiferente.

124. La obra que trasciende no se agota en su forma, sino que abre caminos: hacia el conocimiento, la emoción, la crítica, la memoria o la espiritualidad. Es semilla, grieta, espejo y detonante.

125. El arte no es magia, pero puede producir efectos invisibles que transforman la conciencia, el pensamiento o la sensibilidad de quien se expone a él. Esa transformación silenciosa es su verdadera potencia.

126. El arte no necesita justificarse a través del mercado. Su legitimidad no reside en su precio, sino en su capacidad de tocar la vida interior del ser humano. El arte vale por lo que remueve, no por lo que cuesta.

127. Cada artista tiene la responsabilidad —si así lo decide— de ejercer su arte como forma de resistencia, consuelo, revelación o cuestionamiento, contribuyendo a una cultura más despierta. Crear también es elegir desde qué lugar queremos habitar el mundo.

128. El arte no tiene futuro si no regresa al presente. Su potencia radica en su capacidad de abrir grietas en el ahora, para que por ellas entre un poco más de verdad, de belleza o de conciencia.

129. Una obra de arte trasciende cuando logra conectar con la sensibilidad, el pensamiento o la memoria colectiva de una época, superando la intención del autor y el momento de su creación. Es entonces cuando deja de ser sólo una obra... y se vuelve parte de lo humano.

PRINCIPIO DE ORO

Nota introductoria:

No todas las personas que sienten el arte desean entrar al circuito artístico. Hay quienes no buscan reconocimiento, ni exposición, ni técnica; solo experimentar el gozo de crear por el simple placer de hacerlo, como quien canta en un karaoke, aunque desafíe, como quien baila sin ritmo, pero con alma, como quien pinta sin método, pero con emoción.

Este principio está dedicado a todas esas personas:

A quienes se acercan al arte no para transformarlo, sino para sentirse vivas.

A quienes no necesitan ser "buenos" en lo que hacen para disfrutarlo intensamente.

A quienes usan el arte como un lenguaje íntimo, personal, intransferible.

Y lo hacen con respeto, con ética, y sin dañar a nadie.

Todos caben en el mundo del arte. Nadie se escapa.

Aunque a veces pase desapercibido,

aunque algunos intenten cerrarle la puerta...

el arte encuentra su rendija, su grieta, su modo de entrar.

Este principio no exige trayectoria, ni intención estética, ni validez crítica.

Solo requiere una cosa: **¡¡¡Sentir profundamente!!!**

El principio de Oro un principio que no se nombra entre los anteriores.
Un principio que rompe todos los principios, que corre por otro camino
que no responde a teorías, ni se somete a marcos críticos.

Es el principio del gozo.
del impulso puro de cantar, de pintar, de bailar
por el mero placer de hacerlo.
sin buscar legitimación, sin pedir permiso,
sin rendir cuentas a nadie.

Un principio donde el arte no es para exhibirse,
ni para ser comprendido,
ni siquiera para transformarlo todo...
sino para sentirse vivo.

Porque quien ha tenido el privilegio

de encontrarse con el arte
— de verdad, de frente, de alma —
sabe que no hay éxtasis comparable.
sabe que hay algo sagrado en sentir que uno arde,
que se derrama por los poros, que existe con intensidad.

Este principio no requiere justificación,
sólo exige respeto a uno mismo y a los otros.
y se expresa en un acto profundo y simple:

“crear por amor a la creación”.

Así que, si alguna vez te has perdido en una melodía,
si tus manos se han manchado de color sin darte cuenta,
si tu cuerpo ha bailado, aunque nadie mirara...
ya eres parte de este principio.

Bienvenido(a):
Estás del lado de los que
sienten la vida desde lo inmaterial.

EPÍLOGO

Si llegaste hasta aquí, gracias por abrir tu mente y aún más, tu alma, este manifiesto no busca dar respuestas, sino encender preguntas, no pretende convencerte, sino invitarte a que te convenzas por tí mismo. es tuyo si lo necesitas y es de todos si lo compartes, y si no te dice nada ahora, tal vez un día —cuando menos lo esperes— una obra te lo susurre todo de golpe, sin palabras.

Sigue creando, sigue observando, sigue sintiendo. porque mientras exista una mirada sensible, una idea rebelde, una emoción compartida, el arte no habrá muerto.

Una pandemia nos lo demostró: fue el arte el que nos sostuvo cuando todo lo demás se detuvo. El arte no le pertenece a los museos, aunque estos puedan resguardarlo, no le pertenece al mercado, aunque lo cotice como mercancía, tampoco al artista que lo firma, sino a la creación que lo inspira.

El arte es tan grande como la creación misma. le pertenece a lo invisible, a la energía que nos soñó, y por eso, te lo firmo con sangre: el arte no salvará al mundo, pero puede salvar a quien lo crea, a quien lo contempla, a quien lo permite.

No es una varita mágica, pero algo ocurre —en lo invisible— cuando un ser humano se detiene frente a una obra, se conmueve con una melodía, o permite que una palabra le parta en dos la certeza.

El arte no cambia gobiernos, pero puede cambiar pensamientos. y un pensamiento transformado sí puede cambiar el mundo. Este no es un final, es una intención encendida: Que el arte no siga siendo mercancía anestésica, ni privilegio ornamental. Que se convierta en puente, grieta, espejo, semilla y relámpago. Que provoque, eleve, duela, cuestione y consuele, sin pedir permiso.

Deseo que cada obra —por mínima que parezca— logre esa vibración íntima que nos recuerda que estamos vivos, sensibles, incompletos y por eso mismo, humanos.

Creo en un arte que no dependa de los filtros del mercado ni de los disfraces curatoriales vacíos, un arte que no necesite pasaporte de élite para ser legítimo, pero que pueda habitar también los espacios formales si estos se vuelven puentes y no barreras.

Un arte imperfecto, con cicatrices, que respire en la calle, en las escuelas, y también —cuando es auténtico— en las salas blancas del museo, en los muros agrietados del alma colectiva, pero también en los espacios donde el arte se comparte con sentido, sin imposturas.

El arte no necesita salvarnos,
pero sí necesita ser salvado de nosotros mismos.
Por eso este manifiesto no es una conclusión.
es un llamado, es una brújula, es una chispa encendida,
para quien aún no olvida que hay otras formas de habitar el mundo.

Atentamente,
un niño que aún vive en mí.
y que ahora pinta con más años,
más cicatrices,
y mucha más luz.

RECONOCIMIENTO Y COLABORACIONES

Este manifiesto ha sido concebido como una declaración abierta, inacabada y en constante transformación. Aunque su núcleo ha sido desarrollado desde una visión particular, reconoce y valora la posibilidad de nutrirse de otras voces, miradas y saberes.

Algunos principios aquí contenidos han sido enriquecidos gracias al diálogo con artistas, docentes, estudiantes y especialistas, cuyas ideas resonaron —a veces como eco, a veces como contraste— en el proceso de escritura. **El principio 115**, que aborda los niveles de lectura de la experiencia artística, se nutre de una conversación con un maestro en artes visuales, a quien agradezco profundamente su claridad conceptual y su generosa contribución:

Manuel Velázquez - Artista Visual

Asimismo, este manifiesto se construyó a partir del análisis, lectura y visionado de material visual, bibliográfico y testimonial. En ese recorrido, surgieron autores, críticas, artistas y teóricos cuyas posturas —aunque en ocasiones opuestas entre sí o distintas a la mía— resultaron fundamentales para el pensamiento y la elaboración crítica de varias declaraciones aquí presentes.

Incluso en la discrepancia, sus voces ayudaron a delimitar y afinar la mía. Este manifiesto no pretende ser una suma de verdades externas, sino una posición ética y estética que se fue gestando en el diálogo, el cruce, el roce y la fricción con otras miradas.

A todas esas voces —a las que coincidieron y a las que no—, mi agradecimiento. Porque también en el desacuerdo se siembran las ideas propias.

Asimismo, este manifiesto queda abierto a futuras adhesiones, aportaciones o modificaciones que, desde una postura ética y crítica, deseen ampliar su alcance. Si algún lector o lectora siente que puede aportar un principio, una corrección o una mirada complementaria, será bienvenido como parte de esta obra colectiva.

El arte no es un dogma, sino un organismo vivo. Que este manifiesto siga creciendo como crecen las raíces: en silencio, pero con fuerza.

¿Te resonó algún principio? ¿Te inquietó alguno?
Si deseas proponer, matizar o debatir alguna idea,

este manifiesto está vivo y abierto al diálogo.
Tu voz también puede contribuir a su evolución.

www.manifiestoarteograma.com

BIBLIOGRAFÍA

Esta bibliografía complementaria no implica una adhesión absoluta a las ideas de cada autor. Algunas obras aquí citadas fueron inspiración directa; otras, puntos de contraste o referencia para matizar y fortalecer los principios del manifiesto. En todos los casos, se trata de lecturas que ayudaron a pensar, a profundizar o a poner en diálogo esta propuesta ética y crítica sobre el arte desde diferentes perspectivas: filosóficas, educativas, simbólicas o culturales. Incluso voces disonantes pueden encender preguntas, a veces, una sola frase de un libro inesperado basta para abrir nuevas rutas de pensamiento.

Bibliografía esencial del Manifiesto Arteograma

Obras que nutren directamente sus principios éticos, formativos, simbólicos y pedagógicos.

- Bonfil Batalla, G. (1987). *México profundo: una civilización negada*. Grijalbo.
- Dewey, J. (1934). *Art as Experience*. Minton, Balch & Company.
- Eisner, E. W. (2002). *The Arts and the Creation of Mind*. Yale University Press.
- Hernández, F. (2008). *La investigación basada en las artes: propuestas para repensar la investigación en educación*. Graó.
- Irwin, R., & de Cosson, A. (Eds.). (2004). *A/r/tography: Rendering Self Through Arts-Based Living Inquiry*. Pacific Educational Press.
- Leavy, P. (2015). *Method Meets Art: Arts-Based Research Practice* (2nd ed.). Guilford Press.
- López, M. (2019). La ética del arte y la formación docente. *Revista de Educación Artística y Crítica Social*, 6(2), 45–58.
- Piccini, R. (2021). *Investigar con y desde el arte. Pedagogías sensibles en acción*. Lugar Editorial.
- Schmelkes, S. (1999). *La educación en valores: un enfoque sociocultural*. Paidós.
- Torres, R. M. (1994). *La educación en América Latina: Tendencias y temas*. UNESCO/OREALC.

Referencias para el diálogo crítico

Textos que inspiran, tensionan o complementan los planteamientos del manifiesto desde otras perspectivas filosóficas, estéticas y culturales. No todos coinciden con sus principios, pero contribuyeron a su reflexión.

- Adorno, T. W. (1970). *Teoría estética*. Akal.

- Aristóteles. [ca. 335 a.C.]. *Poética*. Varias ediciones.
- Berger, J. (1972). *Modos de ver*. Gustavo Gili.
- Danto, A. (1981). *The Transfiguration of the Commonplace: A Philosophy of Art*. Harvard University Press.
- Dickie, G. (1974). *Art and the Aesthetic: An Institutional Analysis*. Cornell University Press.
- Eco, U. (2004). *Historia de la belleza*. Lumen.
- Eco, U. (2007). *Historia de la fealdad*. Lumen.
- Giglioli, D. (2014). *Crítica de la víctima*. Anagrama.
- Gombrich, E. H. (1950). *Historia del arte*. Phaidon.
- Gombrich, E. H. (1978). *Meditaciones sobre un caballo de juguete y otros ensayos*. Debate.
- Gombrich, E. H. (1979). *Ideales e ídolos: Ensayos sobre valores en historia del arte*. Debate.
- Gompertz, W. (2012). *¿Qué estás mirando? 150 años de arte moderno en un abrir y cerrar de ojos*. Taurus.
- Hume, D. (1757). *Sobre el criterio del gusto*. Varias ediciones.
- Kant, I. (1790). *Crítica del juicio*. Alianza Editorial.
- Kuspit, D. (2004). *The End of Art*. Cambridge University Press.
- Michaud, Y. (2003). *El arte en estado gaseoso: Ensayo sobre el triunfo de la estética*. Paidós.
- Platón. [ca. 380 a.C.]. *La República*. Varias ediciones.
- Rancière, J. (2004). *El espectador emancipado*. Nueva Visión.
- Wilde, O. (1891). *El crítico como artista*. Varias ediciones.